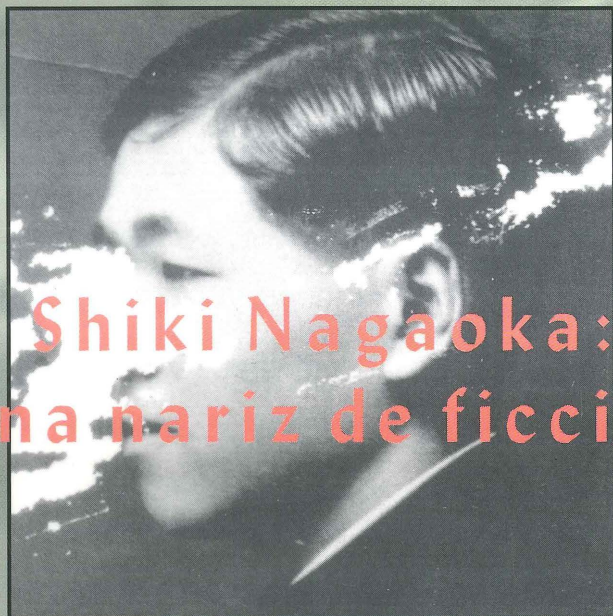


MARIO BELLATIN



Shiki Nagaoka:
Una nariz de ficción

Serie Ficciones NARRATIVA



Mario Bellatin

Mario Bellatin nació en México en 1960. Su obra literaria se editó inicialmente en Perú, donde obtuvo una amplia difusión e, incluso, varias de sus novelas fueron llevadas a escena. Tras establecerse nuevamente en México, la crítica de su país no ha escatimado elogios a su obra, caracterizada por construir un universo de singular originalidad. Miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte de México desde 1999, es autor de las novelas cortas *Mujeres de Sal* (1986), *Efecto Invernadero* (1992), *Canon Perpetuo* (1993), *Salón de Belleza* (1994), *Damas Chinas* (1995), *Poeta Ciego* (1998), *El Jardín de la Señora Murakami* (2000), *Flores* (2000), *La Escuela del dolor humano de Sechuán* (2001) y *Jacobo el Mutante* (2002). *Salón de Belleza* ha sido traducida al francés y al alemán; además, ha sido nominada al Premio Médicis como la mejor novela extranjera editada en Francia en el 2000. Al año siguiente, Bellatin ganó el premio Xavier Villaurrutia 2001 por su libro *Flores* y fundó la Escuela Dinámica de Escritores de la cual es director actualmente. En el 2002 se hizo acreedor de la beca otorgada por la John Simon Guggenheim Memorial Foundation.



Serie Ficciones NARRATIVA

Shiki Nagaoka: una nariz de ficción

MARCO BELLATIN

Shiki Nagaoka:
una nariz de ficción

Traducción de María José Martínez

Primer premio de la Asociación de Escritores en Lengua Castellana

Publicado por el Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú



MARIO BELLATIN

Shiki Nagaoka:
una nariz de ficción



Pontificia Universidad Católica del Perú - FONDO EDITORIAL 2002

Shiki Nagaoka: una nariz de ficción

Primera edición: setiembre de 2002

1000 ejemplares

Dirección editorial: Dante Antonioli D.

Responsable de la Serie Ficciones: Estrella Guerra C.

Diseño de cubierta: Fondo Editorial de la PUCP

© Mario Bellatin, 2002

Derechos exclusivos en Perú

© 2002 de esta edición:

Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú

Plaza Francia, 1164

Lima 1 - Perú

Teléfonos: 330-7410, 330-7411

E-mail: <feditor@pucp.edu.pe>

Derechos reservados. Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

ISBN: 9972-42-505-3

Hecho el Depósito Legal: 1501052002-4652

Impreso en Perú - Printed in Peru

ÍNDICE

Shiki Nagaoka: una nariz de ficción	11
Algunas obras del autor	41
Algunas obras sobre el autor	43
Documentos fotográficos sobre shiki Nagaoja	45
Dos narraciones clásicas sobre el tema de la nariz	79

*Si se hallara en el mundo una nariz semejante a la vuestra,
iría de buen grado a sostenerla.*

La Nariz

ANÓNIMO, siglo XIII*

En el hombre conviven dos sentimientos opuestos. No hay nadie, por ejemplo, que ante la desgracia del prójimo, no sienta compasión. Pero si esa misma persona consigue superar esa desgracia, ya no nos emociona mayormente. Exagerando, nos tienta a hacerla caer de nuevo en su anterior estado. Y sin darnos cuenta sentimos cierta hostilidad hacia ella.

La Nariz

AKUTAGAWA RYOSUKE, 1916*



LO EXTRAÑO del físico de Nagaoka Shiki, evidenciado en la presencia de una nariz descomunal, hizo que fuera considerado por muchos como un personaje de ficción.



HAY QUIENES afirman que el nacimiento de Nagaoka Shiki presentó problemas debido a lo anormal de su nariz y que incluso la vida del niño peligró al prolongarse el alumbramiento más allá de lo común. Asistieron a la madre dos parteras, puesto que Nagaoka Shiki pertenecía a una familia aristócrata. Cuando vieron al niño, las mujeres discutieron sobre si aquella nariz no sería un castigo por haber participado, tanto la madre como buena parte de la sociedad, del entusiasmo desmedido que motivó la invasión de ideas extranjeras. Para muchos, esa alteración de los hábitos fue una verdadera bendición. Para otros, significó un rotundo desprecio a la dignidad de la patria. Entre los primeros estaban los aristócratas y los artistas, que veían en este intercambio de ideas y productos la clave para la modernización. En el bando opuesto se encontraban los eclesiásticos, la casta militar y la gente de pueblo, quienes se aferraban para su

subsistencia a costumbres atávicas. Cuando Nagaoka Shiki nació era todavía reciente la nueva política liberal de comercio que se instauró por decreto cuando las fuerzas militares dejaron de ostentar el poder absoluto.



LAS PARTERAS hablaron de castigo porque, desde tiempos arcaicos, el tamaño de la nariz era la característica física más relevante de los extranjeros que a través de los siglos llegaron a las costas del país. En los grabados clásicos de la Era Meini, por ejemplo, se aprecian, en el centro de los rostros de los invasores a las islas, descomunales apéndices colorados. Por eso, curiosamente, para algunos el defecto del niño fue considerado una virtud.



LOS PRIMEROS CUENTOS que escribió Nagaoka Shiki, respetuosos en extremo de la técnica *sampopo* que practicaron los *monogatarisén* —creadores de cuentos—, tratan de asuntos relacionados con una nariz. Nagaoka Shiki creó cerca de ochocientos *monogatarutsis* —relatos cortos— entre los diez y los veinte años de edad. Desde algunos que siguen preceptos clásicos, dedicados sólo a describir las dimensiones del apéndice, hasta los que hacen referencia a extrañas distorsiones tanto en el sentido del olfato como en la capacidad para respirar. Al final de esa etapa, que culminó cuando el escritor ingresó a un monasterio, hizo una serie de *monogatarutsis* de carácter erótico que tenían también la nariz como protagonista.



CUANDO CUMPLIÓ quince años, Nagaoka Shiki comenzó a estudiar lenguas extranjeras. En un período asombrosamente corto logró dominarlas con una destreza admirable. Empezó a redactar entonces sus textos literarios en inglés o francés para luego pasarlos a su lengua materna. De ese modo consiguió que todo lo que saliera de su pluma pareciera una traducción. Años más tarde logró poner por escrito las ideas que sustentaron ese ejercicio. En su ensayo *Tratado de la lengua vigilada*, aparecido tardíamente el año de 1962 en Fuguya Press, afirma que únicamente por medio de la lectura de textos traducidos puede hacerse evidente la real esencia de lo literario que, de ninguna manera, como algunos estudiosos afirman, está en el lenguaje. Sólo trasladando los relatos de una caligrafía occidental a ideogramas tradicionales es posible conocer las verdaderas posibilidades artísticas de cualquier obra. Extrañamente, pese a ese aparente apego a las lenguas foráneas, Nagaoka Shiki en ningún momento dejó translucir en su trabajo la mínima influencia de literaturas ajenas. En cada uno de sus textos fue extremadamente fiel a las líneas narrativas propias de su stirpe. Esa devoción sin límites a las prácticas ancestrales, aunque adaptadas a su sistema particular, lo convirtió en un autor poco común en una época en que la gran mayoría de artistas parecía deslumbrada por las recién descubiertas formas de expresión extranjeras.



FINALIZADA ESA ETAPA Nagaoka Shiki se retiró al monasterio budista de Ike-no-wo, donde pasó cerca de trece años. No

se conocen con certeza las razones que lo llevaron a tomar tal decisión. Sólo su hermana, que como se verá más adelante fue el único miembro de la familia que no lo repudió públicamente, contempló la idea de que después de haber estado obsesionado por el tema de la nariz, que le permitió crear en pocos años una obra que a muchos les hubiera tomado la vida entera realizar, necesitaba un espacio místico que le produjera la sensación de un nuevo nacimiento. Pero la hermana parece no haber tomado en cuenta las pesquisas de Nagaoka Shiki con respecto a las lenguas aprendidas ni el estudio que realizó de las literaturas ancestrales. Se puede pensar que esos dos elementos, mezclados con la discusión aún no acallada sobre la conveniencia o no de abrirse a Occidente, lo llevaran a un callejón sin salida. Tal vez en aquellas circunstancias la reclusión religiosa fuese la única escapatoria. La hermana no parece haber pensado tampoco en el incipiente interés que en los años previos a su reclusión mostró Nagaoka Shiki por la fotografía. Se sabe además, aunque la hermana hiciera todo lo posible por ocultarlo, que Nagaoka Shiki sufrió en ese tiempo una decepción amorosa cuando el objeto amado, un joven sirviente gordo y deforme, lo humilló haciendo públicas sus proposiciones ante las autoridades de la comunidad. Se cree que la familia trató de borrar aquel pasaje de la vida del escritor. Si se recurre a las actas de la comisaría del cantón donde Nagaoka Shiki pasó su infancia y juventud, se verá que han sido arrancadas las páginas que dan fe de las fechas en que ocurrió aquel suceso. Se dice también que el verdadero repudio familiar fue originado por la denuncia del sirviente y no, como la familia sostuvo en público, por rechazar el ingreso de cualquiera de sus miembros a una entidad eclesial.



COMO SE HA SEÑALADO, en el tiempo anterior a su vida religiosa Nagaoka Shiki comenzó a mostrar un extraño entusiasmo por la fotografía. Años después se supo que su interés sólo tenía que ver con su temprana pasión por lo literario. Consideraba un privilegio contar con imágenes visuales enteras, que de algún modo reproducían al instante lo que las palabras y los ideogramas tardaban tanto en representar. Asistió muchas veces al único estudio fotográfico de la zona, situado en el centro del pequeño cantón anexo a la península en la que había nacido. Se hizo tomar una gran cantidad de fotos en distintas situaciones, e incluso invitó en más de una ocasión al sirviente, quien luego lo acusó, para que se fotografiasen juntos. Lamentablemente esas fotos también han desaparecido. Sólo se conservan en el archivo del estudio algunas placas en las que Nagaoka Shiki aparece sin compañía. Parece que el joven sirviente logró que se requisaran aquéllas en las que estaban retratados los dos para utilizarlas como prueba del asedio que estaba sufriendo por parte del hijo de una familia aristócrata. En aquella época los habitantes de la comunidad únicamente podían tomarse fotos en el estudio al que Nagaoka Shiki acudía asiduamente. Quizá por eso le llamó tanto la atención, cuando abandonó el monasterio después de trece años, la popularización de la técnica fotográfica. Le impresionó comprobar que algo tan misterioso y poseedor de tantas potencialidades narrativas se hubiera convertido en una afición de uso doméstico.



DÍAS ANTES de su ingreso al monasterio, sus padres pagaron en el diario local una nota en la que se declaraba que la familia no estaba de acuerdo con la decisión del menor de sus hijos, Nagaoka Shiki, de hacerse novicio budista. Incluso a un lado colocaron en letras pequeñas su verdadero nombre: Naigu Zenchi. La nota señalaba también que la familia hubiera querido que, una vez cumplida la mayoría de edad, Naigu Zenchi dejara de escribir *monogatarutsis* y se dedicase a administrar los negocios de la familia. Nagaoka Shiki sería desheredado en cuanto cruzara las puertas del pabellón principal del monasterio de Ike-no-wo, concluía la noticia. Nuestro autor fue efectivamente repudiado. Desde entonces vivió en la pobreza. A pesar de compartir con la familia un radio de tres kilómetros cuadrados, nunca más volvió a ver a ninguno de sus miembros. Tan sólo su hermana hizo caso omiso de la exclusión y siempre estuvo atenta a las necesidades del escritor. Sostuvieron discretas entrevistas que se llevaron a cabo en una apartada casa de té. Nunca se supo con certeza qué temas trataron. En apariencia las reuniones se realizaron únicamente con el fin de que Nagaoka Shiki entregara a su hermana los textos que escribía en el monasterio para que ella los archivara en un lugar seguro. Nagaoka Shiki pedía permiso una vez al mes para realizar esos encuentros, que debido a los estrictos horarios del monasterio no podían extenderse por más de una hora. Lo que en un principio fue tomado por inocentes citas fraternales con el tiempo levantó ciertas sospechas, que se acrecentaron cuando se encontró asesinado de la manera más cruel al sirviente deforme que tiempo atrás había acusado a Nagaoka Shiki. Aquella muerte nunca quedó aclarada del

todo y, quizá porque la víctima se trataba de un siervo deforme, muy pronto quedó en el olvido.



MIENTRAS ESTO SUCEDÍA fuera del monasterio, Nagaoka Shiki se convertía día con día en un novicio atento a sus deberes eclesiásticos. Si consideramos *La nariz* de Rynosuke Akutagawa como un relato inspirado en la vida de nuestro autor, las plegarias de Nagaoka Shiki satisfacían los votos de los fieles que le confiaban, en secreto y por medio de mensajes, sus más caras ilusiones. Aquellos adeptos acudían a las puertas del templo al anochecer. Es un misterio la identidad de esos fieles. En ese tiempo Nagaoka Shiki aún no contaba con lectores. Es probable que se tratara de hijos de familias aristócratas que por la prohibición de sus padres no podían acceder a una vida religiosa. En esos años era común que muchos de los jóvenes se suicidaran por ese motivo. Sólo después de la guerra, la casta aristocrática permitió que sus descendientes decidieran libremente su destino. Nagaoka Shiki mantenía en la mejor de las condiciones la sala principal y la parte norte del monasterio. Eran las zonas que le habían sido asignadas. Asimismo, cuidaba que los faroles estuviesen todo el tiempo encendidos. Se dedicaba a la escritura cuando comenzaba a oscurecer. Antes debía haber cumplido todas sus obligaciones. Se conoce poco de la obra que Nagaoka Shiki creó en ese entonces. Se piensa que no toda le fue entregada a la hermana, sino que el autor destruía buena parte a solas para arrojarla luego a un canal que recorría el monasterio de norte a sur. Se sabe que se embarcó en la redacción de una larga novela que por alguna razón

tuvo la intención de convertir en la versión masculina del *Genji monogatari* o, más contemporáneamente y en contra de su voluntad, en una versión nacional de *La búsqueda del tiempo perdido* del escritor francés Marcel Proust. Como detalle interesante cabe mencionar que los personajes principales ostentaban todos narices fuera de lo común, y que esos apéndices eran nombrados una y otra vez. A trascendido que en una ocasión le confesó a su hermana que apenas advirtió la semejanza con la obra de Proust cayó en un estado cercano a la demencia.



NAGAOKA SHIKI le contó aquella situación a su hermana por carta, pues debido a la conducta perturbada que mostró esos días los novicios le negaron los permisos de salida. Antes de la prohibición pasó tres jornadas sin comer y sin dormir a pesar de haber cumplido, incluso en exceso, con todas las obligaciones de su vida de novicio. Aquellas tres noches fueron una verdadera tortura. En su delirio nocturno aseguró haber visto, flotando en la oscuridad de su celda, ideogramas orientales y letras de Occidente. El clímax llegaba cuando con las letras se formaban ideas y con los ideogramas, descripciones. Aquel estado cesó cuando arrojó los manuscritos a una hoguera, que al extenderse por acción del viento amenazó con destruir los bosques que rodeaban el monasterio. La oportuna acción de los demás monjes, quienes despertaron por los gritos angustiados que lanzó Nagaoka Shiki, hizo que las consecuencias se redujeran a un círculo de bosque chamuscado. En esa ocasión Nagaoka Shiki mintió. Dijo que el fuego se había originado a causa

de la pasión que puso en sus oraciones, que habían sido tan intensas que sintió la necesidad de salir al aire libre a expresarlas. A partir de entonces la puerta de Nagaoka Shiki era trancada desde fuera cada vez que el monje se retiraba a descansar.



DESDE SU LLEGADA al monasterio Nagaoka Shiki fue motivo de burlas solapadas, de alusiones expresadas con disimulo. Al ser vista como símbolo de ideas extranjeras su nariz no sólo era un defecto motivo de mofa, sino un oprobio de naturaleza más profunda. El prior superior, Takematsu-Akai, reunió a los monjes antes de su llegada y les advirtió que la tolerancia a una nariz de tales características era prueba de templanza ante Dios. Por eso las primeras reacciones ante la presencia de Nagaoka Shiki estuvieron dominadas, visiblemente, por un carácter de contención.



DE AQUELLOS AÑOS de encierro monacal se cuentan algunas anécdotas curiosas. Jamás se sabrá si ciertas o no. Quizá estuvieron motivadas únicamente por los rumores de la gente del cantón. La que más se escuchó se refiere a la evolución que alcanzaría con el tiempo la descomunal nariz. Se dice que en ese entonces medía cerca de cuatro pulgadas y que incluso sobrepasaba el mentón. Esos datos no deben ser ciertos, pues en las fotografías de madurez que se conservan del escritor se ve una nariz algo excepcional pero de

ninguna manera poseedora de las características que se le atribuyen. Las habladurías decían además que la piel de aquella zona de la cara se le tornó lustrosa y comenzó a ser atacada por una persistente comezón, que únicamente lograba aplacarse introduciendo la nariz cada tres días en un cuenco de agua hirviendo. Debía dejarla ahí dentro cerca de veinte minutos. Luego se la apretaba delante de un espejo hasta que surgían unos delgados gusanos de grasa que extraía con una pinza pequeña. Unos minutos después hervía más agua y volvía a introducir la nariz. Parecía que ese enjuague tenía la particularidad de encogérsela y, de alguna manera, restituirla a un tamaño, si no normal, al menos aceptable. Se cuenta que poco a poco, en los días posteriores, la nariz volvía a su inmenso tamaño original y Nagaoka Shiki debía pagarle a un novicio para que se la sostuviera levantada durante la comida. A veces quería valerse por sí mismo y se sujetaba la nariz sin ayuda de nadie. Pero ese método no era del todo efectivo y en muchas ocasiones se retiraba de la mesa de mal humor por no haber podido probar bocado. Finalmente un niño dotado de mucha gracia, que realizaba algunas tareas menores en el monasterio, al ver la desesperación del monje Nagaoka Shiki en el refectorio se ofreció a sostener él mismo la nariz. Las cosas fueron bien al principio. Nuestro escritor comenzó a tomar la sopa de buen grado, hasta que de pronto un estornudo del niño produjo la caída de la nariz al plato y el inmediato regocijo general.



LAS LEYES de continencia entre los monjes, que habían logrado que Nagaoka Shiki no fuera víctima de escarnio, pa-

recieron romperse de pronto. Para los monjes, que reprimieron durante trece años sus reacciones, aquélla había sido una prueba más que contundente de templanza. Las risas fueron generales y algunos monjes se atrevieron incluso a jugar con la nariz del escritor zangoloteándola de un lado a otro y halándola hasta hacerlo gritar de dolor. La escena era de una bufonada tal que es difícil imaginarse a la víctima como el serio escritor obsesionado por las relaciones entre lenguaje, fotografía y literatura. Algunos estudiosos de la literatura afirman que aquel incidente propició su alejamiento del monasterio, a pesar de que su hermana lo negara en el libro-homenaje que escribió: *Nagaoka Shiki: el escritor pegado a una nariz*, haciendo una clara alusión a Cyrano de Bergerac —ocurrencia que Nagaoka Shiki hubiera deplorado profundamente debido a su carácter extranjerizante—.



LA HERMANA asegura en su libro que el incidente del niño y la sopa nunca tuvo lugar, que se hizo correr aquel rumor por las maniobras de algunos monjes, que en realidad no rechazaban su nariz sino que un compañero de monasterio prefiriera escribir en las noches que dedicarse a una verdadera reclusión budista. Esos monjes eran lo suficientemente inteligentes como para no considerar verdaderas las habladurías que aseguraban que una nariz gigantesca era símbolo de la próxima invasión bélica de Occidente. Según ellos, la nariz de Nagaoka Shiki nunca fue tenida en cuenta para tomar decisiones con respecto a su compañero de monasterio. En ese tiempo pasó a ocupar el mando de la orden el maestro Sakao-Teriyami, quien al revisar los archi-

vos vio que la familia de Nagaoka Shiki había donado una fuerte suma de dinero las semanas previas al ingreso del escritor. Mala señal. Aceptar a un monje por presión familiar no podía conducir a nada bueno. Ésta era precisamente la razón por la que siempre habían visto con malos ojos al prior anterior, Takematsu-Akai, por su proclividad a aceptar dinero de las familias que buscaban deshacerse de vástagos incómodos. Sin embargo, y en virtud del voto de sumisión total que profesaban para con sus superiores, los monjes nunca pudieron tomar cartas en el asunto. El maestro Sakao-Teriyami no quiso averiguar en detalle las razones por las que se pagó por ese ingreso. Le bastó con comprobar que hubo una mala gestión. Lo más probable es que de haber investigado habría salido a la luz el asunto del sirviente deforme. Tras la muerte del prior anterior, Takematsu-Akai, se redobló la vigilancia sobre Nagaoka Shiki. Pocos días antes de morir, aquel prior protagonizó un extraño rito con el que quedó en evidencia la perjudicial influencia del escritor Nagaoka Shiki en el resto de los monjes. Comenzaron entonces las sospechas sobre el misterioso incendio en los alrededores del monasterio. Recelaron también de las largas horas que Nagaoka Shiki pasaba encerrado en su celda y, especialmente, de su poco apego a Dios. Se le pusieron pruebas bastante duras que nuestro escritor no pudo superar. Finalmente fue expulsado del monasterio.



NAGAOKA SHIKI no pareció mostrar mayores dificultades para volver a la vida mundana. En ese tiempo su hermana le sirvió de gran ayuda. Siguió escribiendo como de costumbre,

la única y fundamental diferencia fue que a partir de entonces no apareció la descripción de ninguna nariz ni de otra particularidad física en su obra.



EN AQUEL AÑO de 1933 la fotografía ya se había convertido en una afición al alcance de la mayoría. Era, como en la actualidad, una actividad de carácter popular. Al salir del monasterio Nagaoka Shiki decidió instalar en el centro del cantón un pequeño kiosco para la venta de rollos y revelado de fotos. Hizo un trato con un estudio de gran fama y de reciente instalación donde al anochecer llevaba personalmente los rollos que le hubiesen dejado sus clientes para revelar. Nunca quiso contratar a un ayudante. Había llegado a una extraña conclusión. Pensaba que debía realizar él solo todo el trabajo para no sentir culpa al momento de escribir. Por el acoso que sufrió en el monasterio había comenzado a experimentar cierto sentimiento de pecado a la hora de dedicarse a lo literario, sensación que creía disipar si se esforzaba en la vida cotidiana más de lo habitual. La hermana, Etsuko Nagaoka, creía que ese sentimiento era originado más bien por el rechazo de los padres, quienes nunca lo volvieron a considerar un hijo.



APENAS SALIÓ del monasterio Nagaoka Shiki instaló el pequeño negocio con que se ganó la vida a partir de entonces. La hermana fue la encargada de conseguir el kiosco. Se ocu-

pó además de establecer el contacto con los laboratorios de alto prestigio que harían los revelados. Gracias a la inicial ayuda de la hermana mantuvo el kiosco el resto de su vida. Por sus manos pasaron infinidad de fotografías. Con el tiempo empezó a sentir deseos de examinar una a una las fotos reveladas antes de entregarlas a los clientes. Al cabo de un año de ver impresión tras impresión pensó en escribir un libro cuyo tema se relacionara precisamente con el gran número de fotografías que vio pasar delante de sus ojos. Demoró algunos años tratando de justificar artísticamente ese proyecto. Halló cierta clave, que no lo convenció del todo pero que significó un buen comienzo, indagando en el sentido original de los populares *tankas*, poemas atávicos sumamente parcos. Así como los *tankas* buscaban reunir la naturaleza circundante en un todo artístico, Nagaoka Shiki pretendía trabajar también en la creación de un compendio abordando las imágenes que le ofrecía una naturaleza que antes hubiese pasado por la mirada de un fotógrafo.



MIENTRAS SE ENCONTRABA en estas cavilaciones, cierta mañana conoció al narrador Tanizaki Junichiro (1886-1965), quien había decidido fijar su residencia en la península de Ikeno. El escritor acudió al kiosco a revelar algunos rollos. Aquel narrador se convirtió en el único artista que Nagaoka Shiki conoció a lo largo de su vida. No se sabe si fue a causa de la timidez que le producía su defecto o al desprecio que le causaban las manifestaciones literarias de sus contemporáneos, pero siempre se mantuvo al margen del cenáculo de escritores. Nada le hubiera costado viajar a la gran ciudad,

de la que apenas lo separaban unos kilómetros, y buscar formar parte de los creadores del Mundo Flotante, que era como se les llamaba a los artistas que solían reunirse en los establecimientos del centro de la metrópoli. Gracias a su excepcional nariz no hubiera tenido problemas para unirse a ellos, ya que estos artistas rendían culto a todo lo extranjero. También hubiera podido afirmar que se avergonzaba del tamaño de su nariz y acercarse al grupo opuesto, el de los Tradicionalistas Radicales que presidía la diminuta maestra Takagashi. Aquel grupo acusó más de una vez a los artistas del Mundo Flotante de traición a la patria. Por último estaba en condiciones también de cometer el atrevimiento de convertirse en un artista independiente, afirmando con esa actitud que no estaba de acuerdo con ninguna de las posturas que se desarrollaban en el país. Cuando revisó las fotos de Tanizaki Junichiro quedó sorprendido. Estaba acostumbrado a ver escenas de la vida cotidiana o imágenes campestres de los alrededores. Pero Tanizaki Junichiro había retratado una infinidad de cuartos de baño. Los había de diferentes formas, épocas y procedencias. Desde los clásicos al aire libre de las primeras casas que se recuerdan en la zona hasta modernos habitáculos dotados de servicio automático de agua a varias temperaturas y losetas blancas en las paredes.



NAGAOKA SHIKI quedó deslumbrado ante esas fotos. Creyó descubrir en ellas la explicación de buena parte de su trabajo. La obsesión por aquellos baños y la profusión de detalles captados tenían que ver con el uso de la foto como un

elemento de manipulación de la realidad. En ese momento Nagaoka Shiki no estaba enterado del oficio de Tanizaki Junichiro. No sabía quién era el hombre corpulento que la semana anterior le había dejado algunos rollos a revelar. El afamado escritor apareció en el kiosco en el preciso momento en que Nagaoka Shiki dejaba de revisar el contenido del sobre que estaba listo para ser entregado. Se dice que Tanizaki Junichiro comentó extrañado que le parecía muy curioso que con esa nariz aquel comerciante tuviera tal destreza para mirar lo que no era suyo. Al ser sorprendido Nagaoka Shiki dio como excusa que estaba verificando la calidad del trabajo. Acto seguido señaló que le parecía sumamente curioso el ejercicio que el fotógrafo había llevado a cabo. Tanizaki Junichiro se refirió entonces a aspectos del ensayo que escribía en ese momento. Fue inesperada la celeridad con la que habló de su proyecto. Se dice que era un autor muy proclive a dar explicaciones sobre su obra al primero que se lo preguntase, que se explayaba de tal manera que en cierta ocasión unos estudiantes que lo abordaron bajo el pretexto de entrevistarlo estuvieron a punto de plagiar el argumento de su novela *Diario de un hombre loco*. También se sabe que muchos de sus colegas habían optado por no hacerle preguntas de carácter literario para evitar las largas peroratas en las que solía embarcarse. Tanizaki Junichiro le contó que había descubierto en la fotografía un aliado que ya no podría abandonar. Habló también de las características que tendrían las cámaras fotográficas de haber sido un invento oriental. Como se puede suponer, este encuentro fue fundamental para la posterior obra de nuestro autor. Algunos lo acusan incluso de copiar a Junichiro Tanizaki, pero investigadores más recientes han demostrado que Nagaoka Shiki no abandonó jamás la tendencia tra-

dicional, y que por lo tanto no es posible advertir, como sucede con la mayor parte de la obra de Tanizaki Junichiro, el menor asomo de influencia extranjera en sus libros. Es necesario aclarar que no volvieron a verse nunca más. Parece que Tanizaki Junichiro decidió revelar a partir de entonces sus rollos directamente en el laboratorio de alto prestigio con el que Nagaoka Shiki había firmado el acuerdo.



SÓLO CUANDO LLEGARON los años de la guerra se hizo evidente lo perjudicial que había sido la aceptación incontrolada de ideas extranjeras. La clase aristocrática se arrepintió de haber estado de acuerdo con esa política, y pidió disculpas públicas poco antes de que el país quedara destruido física y moralmente. Los artistas del Mundo Flotante renegaron asimismo de muchas de sus obras. Tras aquellos años todo fue silencio.



EL KIOSCO de venta de material y revelado de fotos quedó parcialmente destruido. Nagaoka Shiki pasó una temporada viviendo en un refugio antiaéreo, donde, seguramente para evitar pensar en la situación de emergencia que se experimentaba, se dedicó a trazar una serie de proyectos con los que intentó entrelazar sus ideas acerca de los ideogramas, las palabras, la necesidad de traducir los textos de una lengua a otra para que se apreciara el verdadero carácter literario de las obras y su redescubrimiento de la fotografía. Sin-

tió también en esos días cierta nostalgia por el recuerdo del sirviente que lo acusó ante las autoridades. Extrañó no tanto su presencia, sino la imagen que aparecía en las fotos que se tomaron juntos.



TRAS LOS AÑOS de posguerra, en los que se trató por todos los medios de olvidar el horror vivido, Nagaoka Shiki terminó de dar forma a la nueva etapa en la que había entrado su producción. Es de este modo como con *Foto y palabra*, Nagaoka Shiki posiblemente construye lo más sólido de su trabajo. Ese libro, que fue traducido primero al inglés por la editorial Life en 1953, y al español en el año de 1960 por la editorial Espasa-Calpe, se ha convertido para muchos en el canto a la reconstrucción de un país. A partir de pequeñas semblanzas cotidianas, que dan la impresión de describir en forma inocente una serie de fotos, Nagaoka Shiki logra mostrar casi de una forma global a su sociedad. Cuando el renombrado cineasta Ozu Kenzō preparaba la filmación de su famosa película *Tarde de otoño*, recurrió a la estética de ese libro para recrear, según sus propias palabras, el alma de una ciudad. Es importante que alguien como Ozu Kenzō, quizá el más personal de los directores de cine, admita una influencia semejante. Realmente hay que apreciar con mucho detenimiento la película para determinar cuáles son los elementos a los cuales se refiere el director. Es cierto, en *Tarde de otoño* las imágenes de la ciudad con la que suelen comenzar y terminar sus obras se detienen en aspectos de la vida cotidiana. Son cambios sutiles, que sin embargo le dan otro valor a la película. Que Ozu Kenzō lo anunciara

en público significó un gran dolor de cabeza para Nagaoka Shiki. A partir de entonces sintió que su quehacer artístico se entrelazaba de alguna manera con el de sus contemporáneos. Nunca aceptó ver la película, ni tampoco conceder entrevistas. Nagaoka Shiki continuó atendiendo a sus clientes la jornada entera.



NO SOLAMENTE en su país fue notable la influencia de Nagaoka Shiki. El libro *Fotos y palabras* dio la vuelta al mundo. En algunos lugares de Europa fue tomado en cuenta como una nueva manera de entender la realidad. En otros comenzaron a aparecer fotografías subversivas basadas en la técnica pregonada por Nagaoka Shiki. En México influyó, de manera casi decisiva, en el trabajo de algunos fotógrafos de la llamada generación del 50. Pero sobre todo tuvo mucha importancia en la labor de un escritor, Juan Rulfo, quien pudo encontrar en las fotos narrativas de Nagaoka Shiki la posibilidad de continuar con el trabajo que había iniciado en sus libros, dándole especial realce al aspecto visual de los mundos representados. En una carta enviada en 1952 a su amigo y colega peruano José María Arguedas, le menciona la importancia que el trabajo de nuestro escritor despertó en su búsqueda artística. Le indica también que prevé la pronta aparición de una novela extensa, totalizante, que amarrará definitivamente su pensamiento, pero que para lograrlo necesitaba la mediación de la fotografía. Quizá sea importante este dato, pues para muchos la obra de Juan Rulfo se caracteriza por su carácter mínimo y fragmentado. José María Arguedas escribió en su diario póstumo: «poder

ver la realidad modificada, no sólo por el lente del fotógrafo sino por la palabra escrita que acompaña estas imágenes, es un camino que potencia infinitamente las posibilidades narrativas de la propia realidad».



ES INTERESANTE detenerse en estos dos autores porque de alguna manera ambos compartieron con Nagaoka Shiki el gusto por llevar vidas fuera del dominio público. Además, los tres creadores fueron en cierto modo construyendo sus propias biografías en los libros que escribieron. En el caso de Juan Rulfo se dice que agonizó en su cama musitando la estructura de la gran obra que nunca construyó. Fue espectacular la muerte de José María Arguedas, quien acabó con su vida luego de terminar de redactar el diario de un suicida. El deceso de Nagaoka Shiki estuvo enmarcado más bien dentro de un orden trágico que a simple vista no tiene que ver con su obra: fue asesinado por un par de drogadictos que quisieron apoderarse de las ganancias del día.



ESTOS TRES ESCRITORES, Juan Rulfo, José María Arguedas y Nagaoka Shiki, estuvieron de acuerdo, cada uno por su lado, en que la fotografía narrativa intenta realmente establecer un nuevo tipo de medio alternativo a la palabra escrita y que quizá aquélla sea la forma en que sean concebidos los libros en el futuro.



PESE A QUE DESPUÉS de la traducción de *Fotos y palabras* Nagaoka Shiki recibió diversas invitaciones para asistir a coloquios y congresos en distintas partes del mundo, no quiso abandonar ni por un solo día el entorno en el que había nacido. Nagaoka Shiki vivía en una modesta casa de bambú, que antes había pertenecido a la fallecida costurera de su hermana. Constaba de un único ambiente de veinte metros cuadrados, en el que instaló un futón y una mesa baja donde pasaba casi la noche entera escribiendo. En esos años apenas dormía. Al oscurecer iluminaba la pequeña estancia con lámparas de petróleo. Tenía dos grandes cuadernos. Uno donde redactaba sus obras de ficción y otro en el que daba forma a sus recuerdos. Éste último tenía el dibujo de una gran nariz en la portada. Al final de su vida abrazó la idea de que en realidad el tamaño de su nariz era lo que había orientado su existencia. De alguna manera esas elucubraciones se encuentran escritas en el cuaderno que la hermana guardó celosamente y que luego entregó para su publicación bajo el falso título de *Diario póstumo*. Habla en ese cuaderno de distintos acontecimientos de su vida que considera claves para el posterior desarrollo de los sucesos. Se ve a sí mismo de niño alabado por los artistas del Mundo Flotante, que en más de una ocasión visitaron la casa de sus padres. Le parece escuchar aún los cumplidos a su nariz que le dirigían los miembros de su familia cuando lo tomaban de ejemplo del nuevo estado de libertad en el que había entrado la nación. A los padres les gustaba mostrar, entre su colección de pinturas, aquéllas que representaban personajes extranjeros con narices descomunales. Siempre que lo hacían colocaban al hijo al lado. Pero apenas Nagaoka Shiki salía de su casa

notaba que era mal visto por la gente de la calle. Lo mismo le sucedía con la servidumbre de la clase más baja. Desde niño intuyó que era considerado el símbolo de los tiempos terribles que se avecinaban.



EN SUS AÑOS FINALES Nagaoka Shiki escribió un libro que para muchos es fundamental. Lamentablemente no está redactado en ninguna lengua conocida.



UN RASGO CARACTERÍSTICO en la personalidad de Nagaoka Shiki, que el propio escritor descubrió sólo al final de su vida, es que siempre fue más receptivo a las críticas que a las alabanzas. Quizá por esa razón nunca pareció tomarse en serio públicamente su labor de escritor. No quería convertirse en un ser amargado, atento a la reprobación ajena. Prefirió siempre trabajar ocho horas diarias atendiendo el kiosco y dos más llevando y trayendo del laboratorio el material fotográfico, que asistir a los coloquios, las conferencias y los congresos a los que era invitado. Eludió asimismo el asedio de la prensa, haciéndose pasar en más de una ocasión por su hermano gemelo. El colmo fue que incluso algunos de los más renombrados críticos literarios creyeron en la existencia de ese hermano. Con respecto a las críticas a su defecto físico, todo el tiempo pareció sentirse culpable del tamaño de su nariz. Sólo escuchaba a aquéllos para los que la nariz era un símbolo de mal augurio. Quizá por eso se

enamorado de aquel joven sirviente, un muchacho gordo y deforme que tenía un gran lunar en la mejilla derecha. Tal vez por eso lo llevó una y otra vez a que se fotografiasen juntos, buscando confundir en una sola imagen su nariz defectuosa y aquel repulsivo cuerpo. Nagaoka Shiki sabía de antemano que no iba a ser correspondido. Desde que lo conoció fue vilipendiado por aquel sirviente, quien debía acompañar a su señor al estudio fotográfico únicamente cumpliendo órdenes. Es extraño el trato que el sirviente tenía con Nagaoka Shiki. Resulta inverosímil que ejerciera el derecho de vilipendiarlo. Pero analizando en detalle la verdadera estructura de las relaciones sociales entre la clase aristocrática de ese entonces, se puede entender no únicamente esta actitud sino una serie de actos decadentes perpetrados por la servidumbre en contra de sus señores. Precisamente el carácter oscuro de esta situación acrecentó los arrebatos propios de un torbellino amoroso, del que Nagaoka Shiki no pudo librarse —a pesar de los constantes esfuerzos que hizo por disimularlo— el resto de su vida.



ALGUNOS ESTUDIOSOS se han preguntado por las consecuencias que tuvo aquella relación en su vida y en su obra. Otros más se han cuestionado las extrañas circunstancias en las que el sirviente fue asesinado. No se ha llegado todavía a ninguna conclusión, pero se cree que cuando se consiga traducir a un idioma determinado su libro fundamental, cuyo título es igualmente intraducible y hasta ahora sólo conocido con un símbolo, se resolverá de una vez por todas el enigma que representa dentro del campo académico la obra de Nagaoka Shiki.

COMO SE HA SEÑALADO, durante su existencia Nagaoka Shiki sólo recorrió la distancia que separaba su modesta casa del kiosco y las que lo llevaban al atardecer al estudio fotográfico con el que había hecho el trato comercial. También realizó una que otra excursión a la península. El monasterio de Ike-no-wo, donde pasó recluido más de una decena de años, estaba asimismo situado en el centro del pequeño cantón anexo a la península donde nació. La casa de sus padres, quienes nunca lo perdonaron y a quienes no volvió a ver, se ubicaba a la vera del camino sur, que con el tiempo se convirtió en la ruta principal de acceso al cantón. Como se aprecia, a lo largo de su vida Nagaoka Shiki estuvo circunscrito a un área reducida. Es curioso que alguien que poseía una nariz que de cierta manera era símbolo de Occidente nunca sintiera la tentación de viajar a países lejanos. Leyendo las notas que la hermana entregó para que se publicasen bajo el título de *Diario póstumo*, parece que Nagaoka Shiki consideraba las grandes narices como normales entre la «gente de afuera», que era como se les llamaba en ese entonces a los occidentales. Saliendo del país temía convertirse en un ciudadano más. Tenía miedo de que su escritura pasara inadvertida en un medio como aquél. Estas notas se presentan como imprescindibles para entender la actitud vital de Nagaoka Shiki. Tal vez no sea cierto, como dicen algunos, que no le importaran los lectores. Quizá su despreocupación y su vida humilde ocultaban a alguien que realmente quería que su obra fuese reconocida.



FUE LA HERMANA DE NAGAOKA SHIKI, Etsuko, quien recolectó papeles dispersos y los acomodó según una supuesta cronología. Tiempo después los tituló como *Diario póstumo*. Pese a la vaga certeza de que estos textos sigan un orden lógico, los datos que allí se consignan son de suma importancia para entender la obra final de Nagaoka Shiki: el libro que hasta ahora nadie ha podido descifrar. Cuando esos diarios aparecieron publicados en Francia, algunos intelectuales formaron al poco tiempo un grupo autodenominado los nagaokistas, quienes a manera de pasatiempo tratan de encontrar alguna lógica a la obra de Nagaoka Shiki. Las pesquisas están centradas especialmente en el libro final, para lo cual organizan reuniones semanales en un pequeño café que cuenta con un salón en la parte trasera donde se lanzan diversas interpretaciones. Hay quienes dicen, después de leer el diario publicado bajo la vigilancia de la hermana, que Nagaoka Shiki tomó personalmente —a pesar de haberlo negado una y otra vez—, algunas fotografías que de cierta manera buscaban ilustrar sus teorías acerca de la imagen y las palabras. Se piensa que Etsuko tiene escondidas las fotografías que realizó su hermano. Se dice que son instantáneas en blanco y negro, donde sobre un fondo brumoso flotan algunas letras y ciertos caracteres orientales. La niebla parece tener el fin de demostrar que las letras y los caracteres han aparecido de la nada, como convocados por una asociación natural de los objetos.



ALGUNOS HAN AVENTURADO la teoría de que Nagaoka Shiki creía en fuerzas de otro orden —que ni él mismo se podía explicar—, que motivaban la presencia de una serie de fenómenos naturales, especialmente en asuntos relacionados con letras, caracteres y fotografías. Es de este tipo la explicación que dio a los monjes cuando produjo un conato de incendio en las cercanías del monasterio. Según Nagaoka Shiki las llamas surgieron por la fuerza que puso en sus oraciones. Es muy curioso que en su momento nadie se hubiera preguntado por esta justificación y que los monjes se hubieran limitado a apagar el fuego. Se dice entonces que quizá durante sus años de noviciado Nagaoka Shiki hizo alguna labor proselitista entre quienes lo rodeaban.



SI SE TOMA como cierta esa labor, cobra sentido el extraño acto que protagonizó el viejo prior, Takematsu-Akai, días antes de su muerte. Hizo acudir a su cama de enfermo a todos los monjes. Una vez rodeado el lecho, disculpó públicamente la nariz de Nagaoka Shiki e incluso se incorporó con dificultad en la cama para untársela con una mezcla de aceites. Luego ordenó que apagaran las velas que alumbraban el cuarto y comenzó a orar pidiendo que aparecieran los ideogramas sagrados en medio de la oscuridad. Los monjes se mantuvieron en silencio. Sabían que aquéllas eran ideas de Nagaoka Shiki. Aguardaron entonces la muerte del prior para tomar una decisión. Apenas el sucesor, el maestro Sakao-Teriyami, tomó el poder del monasterio se deshi-

cieron, después de un corto trámite plagado de duras pruebas físicas y espirituales, de la presencia de Nagaoka Shiki y de su nariz.



LA VIUDA del escritor José María Arguedas, condenada a cadena perpetua por complicidad en actos de terrorismo, ha confesado recientemente desde la prisión que poco antes de morir su esposo le transmitió que por medio de imágenes y pensamiento podía lograrse la existencia eterna en un universo poblado de palabras e ideogramas que daría como resultado la anhelada paz social.



SI BIEN NO VOLVIÓ a mencionar ni una nariz ni un defecto físico, durante sus años finales Nagaoka Shiki escribió, como se tiene conocimiento, una obra redactada en un idioma de su invención. Aparte de *Fotos y palabras* y el *Diario póstumo*, es este último libro el que tanta admiración causa en el mundo entero y por el cual continúa trabajando de una manera activa el grupo de nagaokistas en París. Esta obra no pudo ser apreciada ni por Juan Rulfo ni por José María Arguedas. Leerla, aunque esto sea pura suposición pues no se conoce aún el contenido real del libro, quizá hubiera evitado la clase de muerte que tuvieron estos dos escritores. Uno en medio de la depresión motivada por no poder crear una obra de carácter totalizante, y el otro cometiendo suicidio por estar incapacitado para colocar en

palabras la angustia que lo atenazaba no únicamente a él sino a su nación entera. Que el último libro de Nagaoka Shiki no se pueda traducir no es impedimento para su circulación, pues lleva varias ediciones publicadas. No sólo se ha editado en su país sino también en el extranjero. Cuando la hermana le preguntó de qué trataba, el escritor dijo que era un bello ensayo sobre las relaciones entre la escritura y los defectos físicos y sobre cómo la literatura que de allí surge debe distanciarse de la realidad apelando al lenguaje y en este caso al no-lenguaje. Aparte del grupo de París y algún otro que está a punto de instaurarse en Ciudad de México, Nagaoka Shiki es un autor que se estudia en algunas universidades de su país. En una de ellas, la Universidad de la Península, desde hace algún tiempo se ha abierto una cátedra extraordinaria dedicada a su obra. El objetivo final del curso consiste en hallar la clave para la traducción del libro que se conoce sólo con un símbolo.



NAGAOKA SHIKI murió un frío atardecer del otoño de 1970, cuando al momento de cerrar su kiosco fue asesinado por dos drogadictos que quisieron llevarse las ganancias del día. La hermana estuvo hasta el año pasado, en que falleció de una dolencia pulmonar, recolectando pacientemente la obra de este autor tan particular. Algunos agradecen su labor, pero otros saben que no hizo más que manipular los manuscritos obedeciendo órdenes de su aristocrática familia. Sin embargo, un mérito que no puede negársele es que se empeñó hasta el final en rescatar la figura de su hermano de las garras de las leyes de la ficción en las que insistentemente

parece querer ser enmarcado este personaje. Conducta que tal vez haya estado motivada por los sentimientos de nobleza propios de la estirpe a la que pertenecía, que como se sabe siempre había visto con buenos ojos, inclusive como si fuera algo normal y deseable, una nariz descomunal. Decía por eso que la nariz de su hermano era algo grande para su raza, pero que en el extranjero abundaban los apéndices de dimensiones aun mayores. Secretamente parecía estar orgullosa de la envergadura de aquella protuberancia. La dedicación de esta hermana dará a conocer en forma más amplia la obra de Nagaoka Shiki, que las nuevas generaciones consideran cada vez más como la verdadera transgresora de la literatura nacional contemporánea. Actualmente, cuando ya están rescatados la mayor parte de los *monogatarutsis* de juventud, la próxima publicación de la totalidad de sus obsesivos relatos de narices está llamada a convertirse en la siguiente atracción del mundo editorial. Se espera con entusiasmo este libro, tanto por parte de los lectores y la crítica de su país como por los grupos de especialistas de Europa y América. Curiosamente la obra de Nagaoka Shiki es desconocida aún en un buen número de los países de Oriente. Sin embargo, de un tiempo a esta parte, la comunidad intelectual, de Japón principalmente, ha mostrado sumo interés en conocer los libros de nuestro autor. Este hecho es quizá el síntoma más contundente del carácter universal de la obra de Nagaoka Shiki. Parece uno de los pocos escritores que pueden ser entendidos de una manera similar en las distintas regiones del mundo. Esperemos pues que la próxima publicación de sus libros en distintas lenguas permita la difusión de uno de los creadores fundamentales del siglo XX.



EN LAS CERCANÍAS de Ciudad de México existe un poblado llamado Tepoztlán, pequeño villorrio rodeado de altas montañas. En ese lugar cierto escritor mexicano suele pasar largas temporadas de retiro analizando textos de extrañas procedencias. Hace algunos días lanzó al mundo la noticia de que había hallado la clave del libro intraducible de Nagaoka Shiki. Según el investigador, en aquel texto está consignado el asesinato del deforme sirviente que nunca hizo caso a sus requerimientos amorosos. Se describe la naturaleza de sus sentimientos, y el rol que jugó cuando Nagaoka Shiki creó sus teorías acerca de la relación entre defectos físicos y escritura, el valor metafísico del lenguaje, la importancia de traducir y retraducir los textos y, sobre todo, la minuciosa descripción del rotundo rechazo que sentía aquel siervo al ver su propia imagen reproducida por acción de una cámara de fotos. El crimen fue atroz. Desde el monasterio Nagaoka Shiki lo planificó hasta en sus últimos detalles. La hermana fue la principal cómplice. La familia aristocrática contrató a los sicarios.



DE UN TIEMPO a esta parte el cantón de la ciudad donde transcurrió la vida de Nagaoka Shiki, y donde ubicaron la tumba en medio de un parque, es conocido, por la gente de pueblo principalmente, como el Barrio de la Nariz.

Ciudad de México, octubre de 2000

ALGUNAS OBRAS DEL AUTOR

Monogatarutsis de juventud
Tratado de la lengua vigilada
Fotos y palabras
Diario póstumo

✍

ALGUNAS OBRAS SOBRE EL AUTOR

Conclusiones del I Seminario de Nagaokistas. París, 1999.

KEENE, Donald. *Literatura japonesa de posguerra.*

NAGAOKA, Etsuko. *Shiki Nagaoka: el escritor pegado a una nariz.*

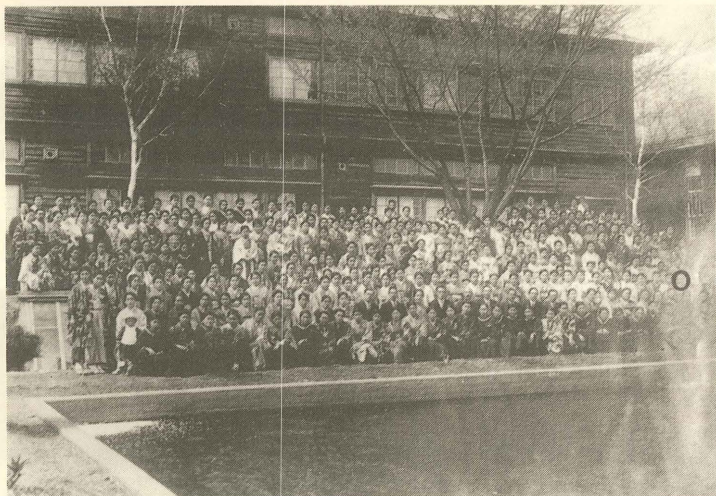
SOLER FROST, Pablo. *Posible interpretación de Ⅴ*

DOCUMENTOS FOTOGRÁFICOS SOBRE
SHIKI NAGAOKA

Recuperación iconográfica de Ximena Berecocha

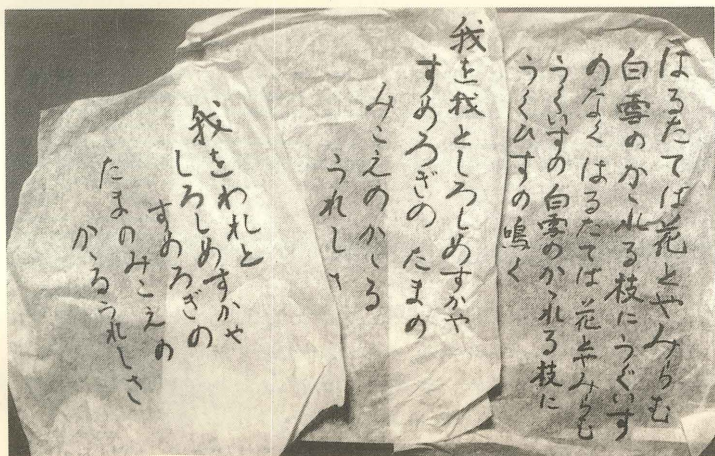


Zenchi Fukuda y Zenchi Sachiko, padres de Nagaoka Shiki. Nótese la modernidad de costumbres, evidenciada en los guantes y lentes de Zenchi Fukuda y en el uso de lápiz labial de Zenchi Sachiko, lo que de algún modo demuestra su pertenencia a la clase aristocrática.



Graduación de la quinta promoción de la escuela de lenguas extranjeras Lord Byron donde Nagaoka Shiki fue uno de los más destacados alumnos. Nótese el círculo.

•
«Monogatarutsis» de juventud.





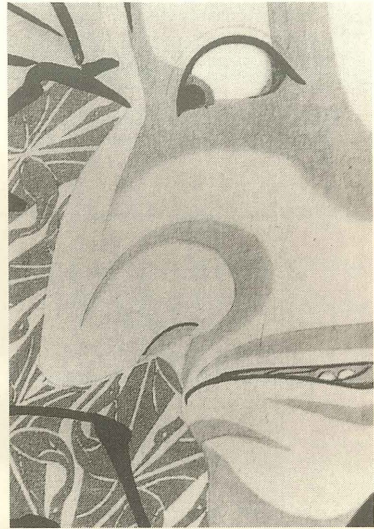
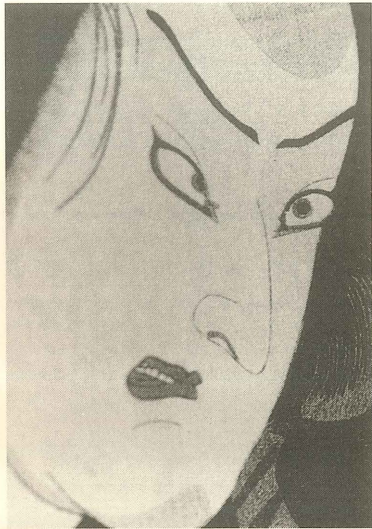
Aspecto del templo budista de Ike-no-wo.



Nagaoka Etsuko antes de la guerra.



Nagaoka Shiki y el joven sirviente que lo denunció ante las autoridades del cantón.



Grabados populares que se hicieron a partir de las denuncias del sirviente.

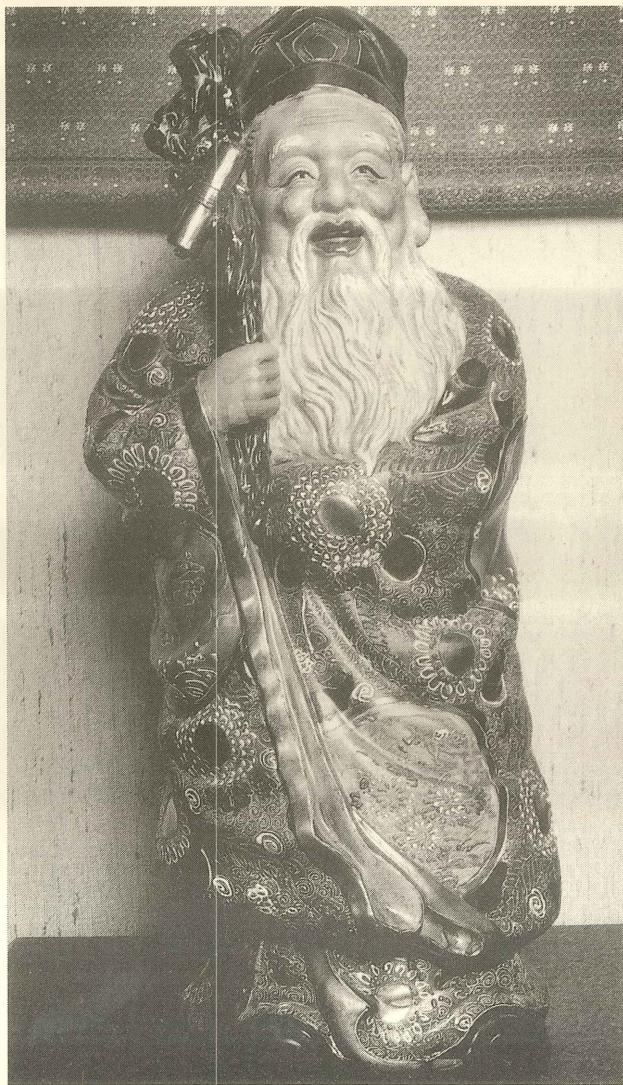
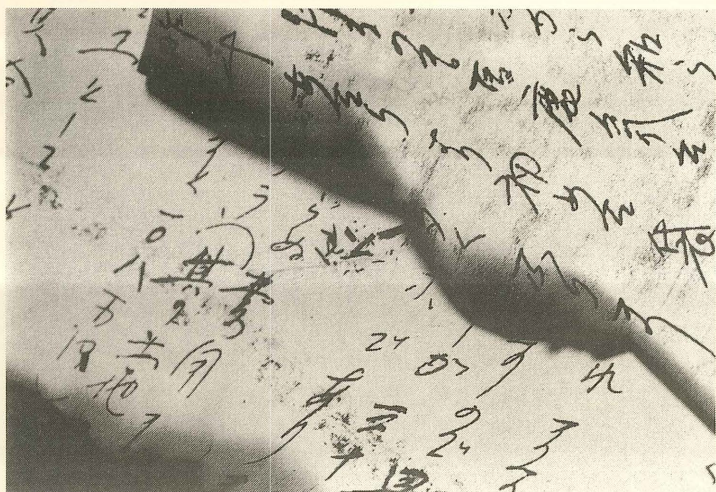
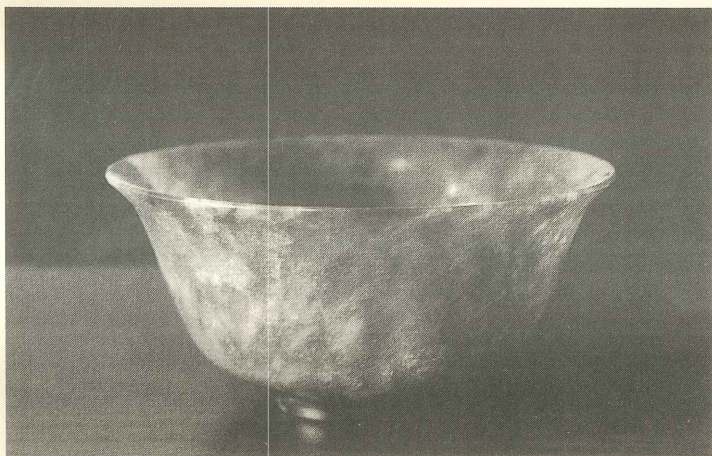


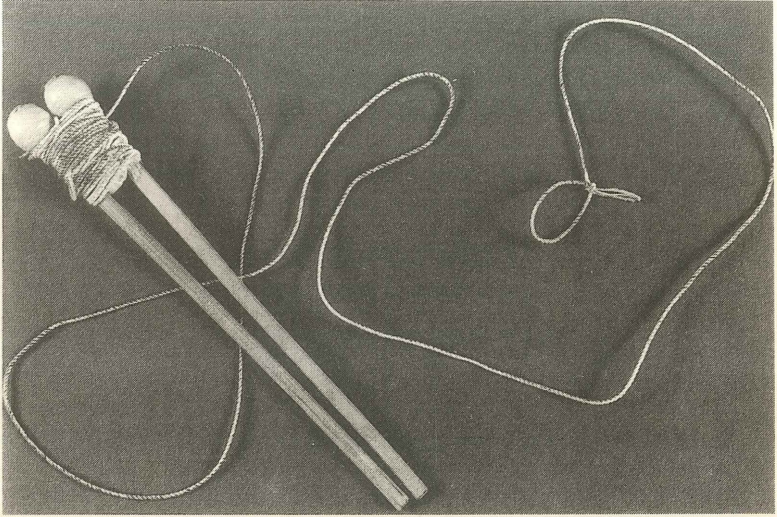
Figura póstuma del prior Takematsu-Akai, reverenciada especialmente en la zona montañosa del país.



Fragmentos rescatados de la hoguera que Nagaoka Shiki hizo con sus manuscritos.

•
Cuenco que contenía el agua hervida necesaria para el tratamiento de la nariz.

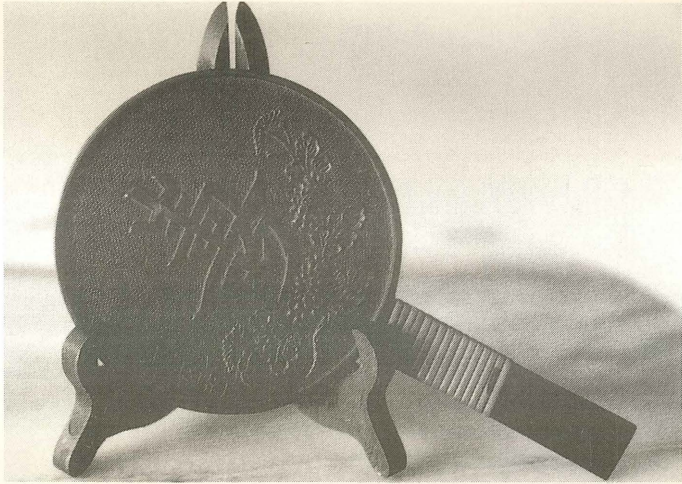




Exprimidor de nariz.



Vaso preparado para recibir la grasa eliminada por medio del tratamiento.

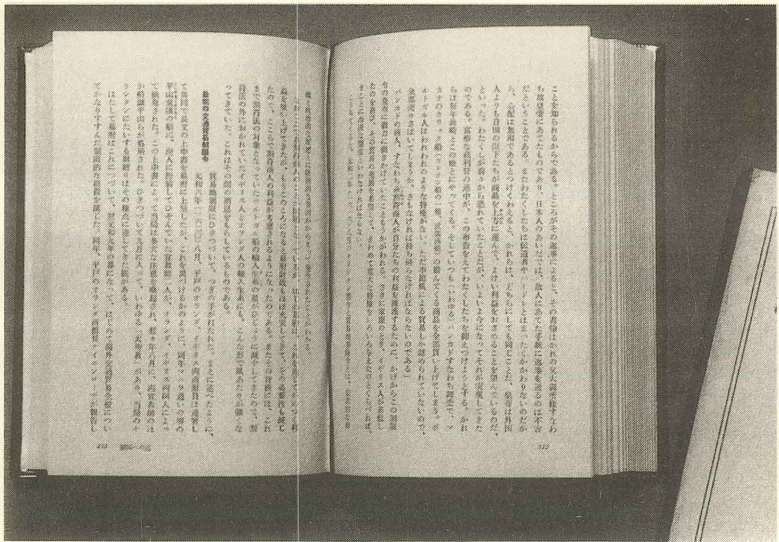


Espejo que usó Nagaoka Shiki para apreciar los resultados experimentados en su nariz.

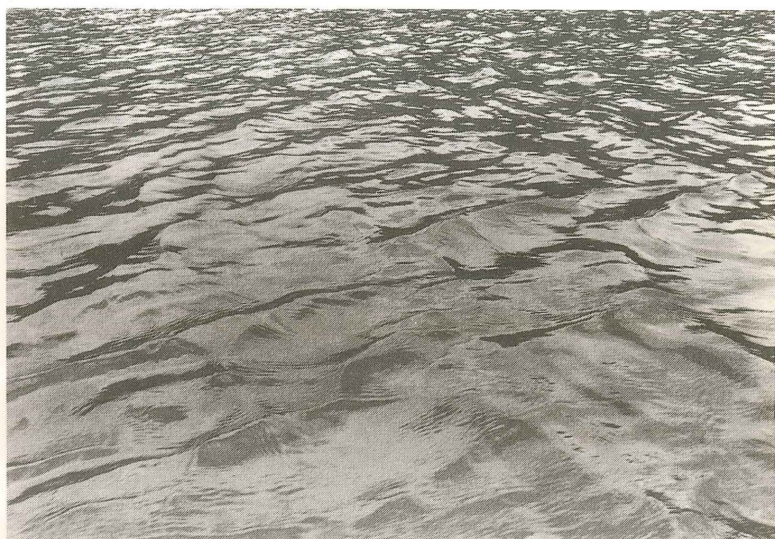
•

Fieles que se acercaban al monasterio para depositar sus votos a Nagaoka Shiki. Nótese que todos pertenecían a la clase aristocrática.

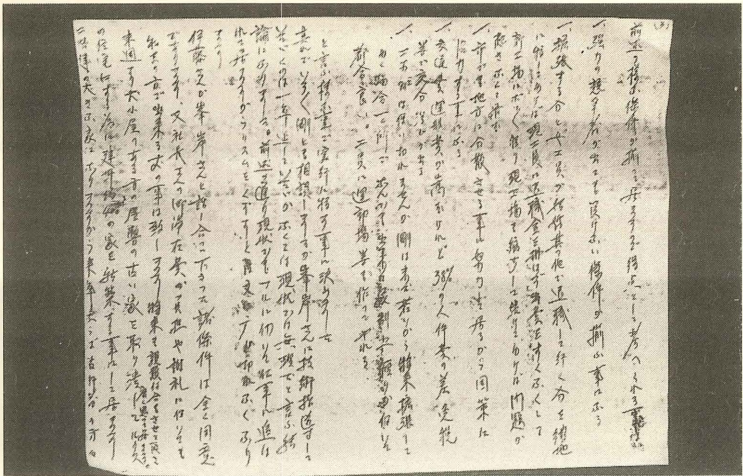




Libro escrito por Nagaoka Etsuko: Nagaoka Shiki: el escritor pegado a una nariz.



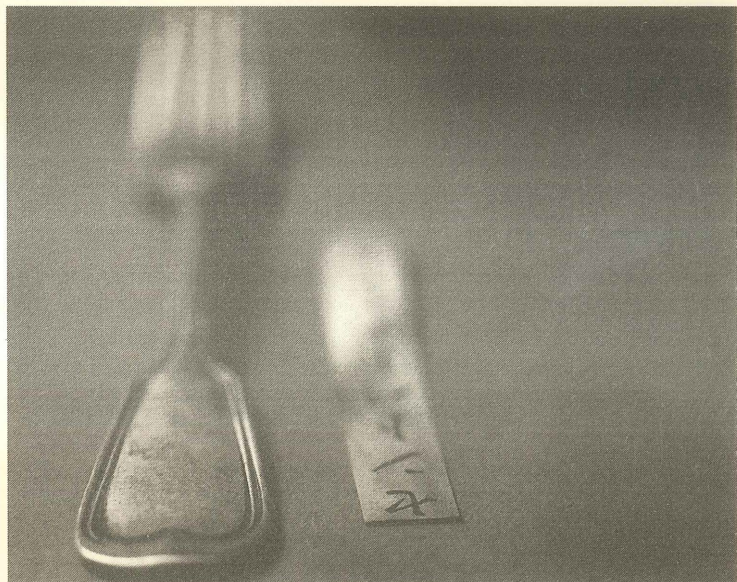
Canal que cruza el monasterio budista de Ike-no-wo.



Documento que da cuenta de la expulsión de Nagaoka Shiki del monasterio.

Fotos tomadas por los clientes del kiosco que Nagaoka Shiki nunca entregó a sus propietarios.

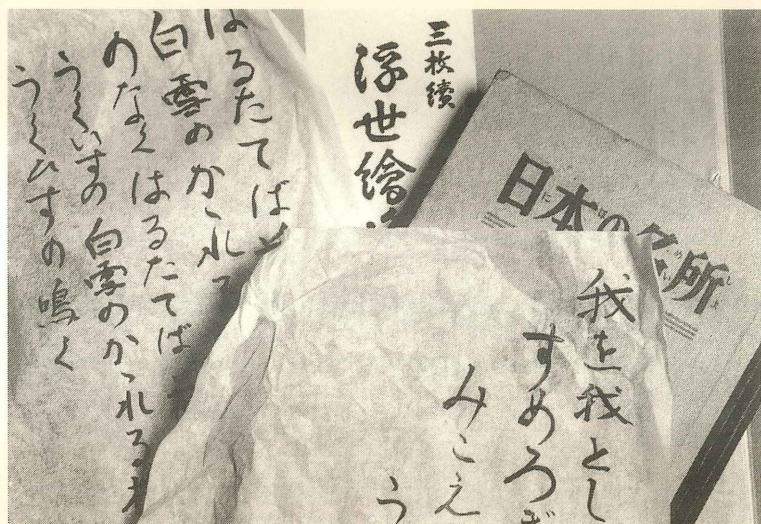




Fotos tomadas por Tanizaki Junichiro.



Libro Fotos y palabras.

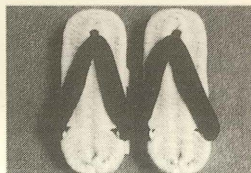
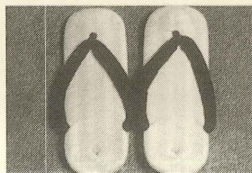
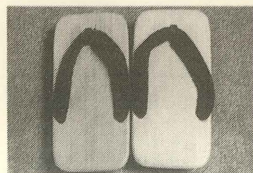
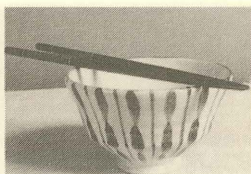
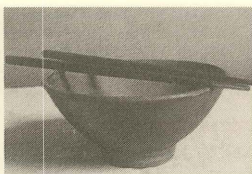
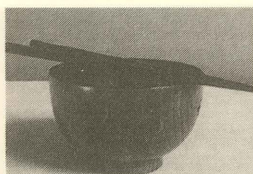


Textos de arrepentimiento de los artistas del Mundo Flotante redactados después de la guerra.

●

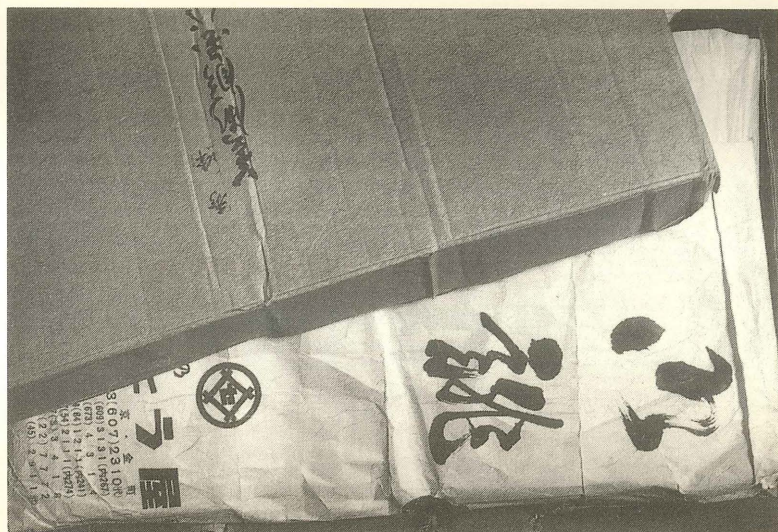
Reparto de la película Tarde de otoño del director Ozu Kenzō.





Vajilla de diario que utilizó Nagaoka Shiki en la casa donde pasó sus últimos años.

•
Calzado que el autor se colocó a diario para ir a trabajar al kiosco fotográfico.

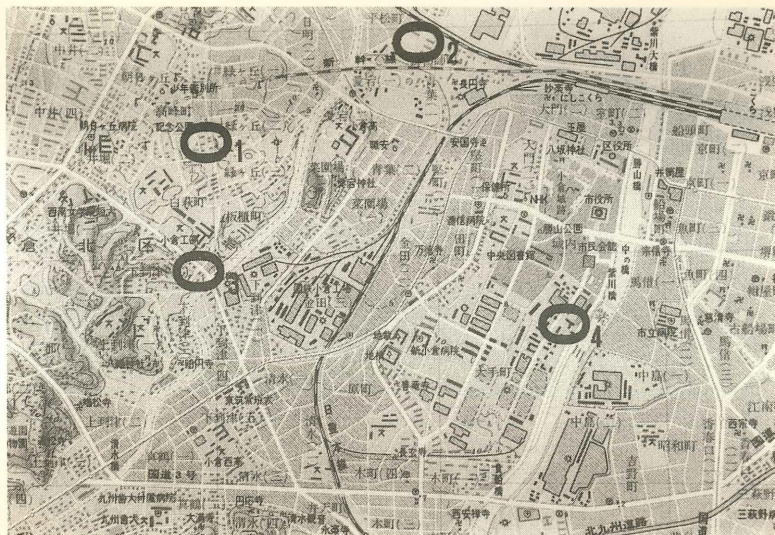


Caja donde se guardaban las ropas que le servían a Nagaoka Shiki para hacerse pasar por su hermano gemelo.

•
Ropas usadas para tal fin.

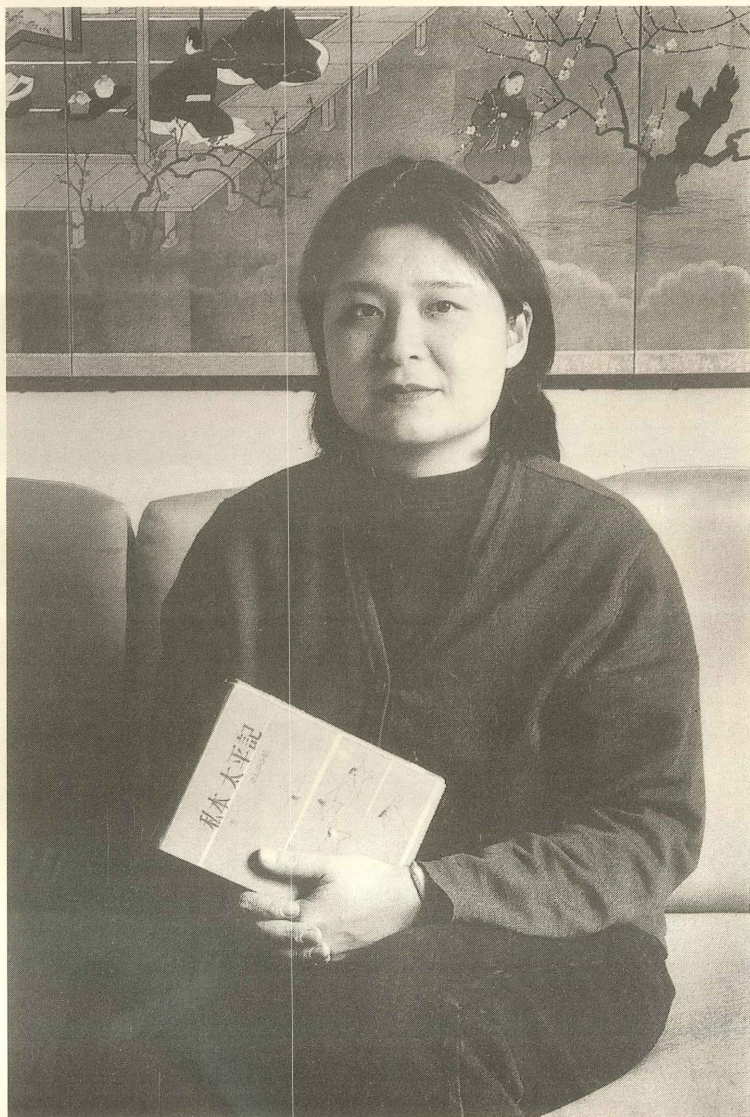


Fotografía de Nagaoka Shiki manipulada por su hermana, Etsuko, con el fin de evitar que el autor fuera considerado personaje de ficción.

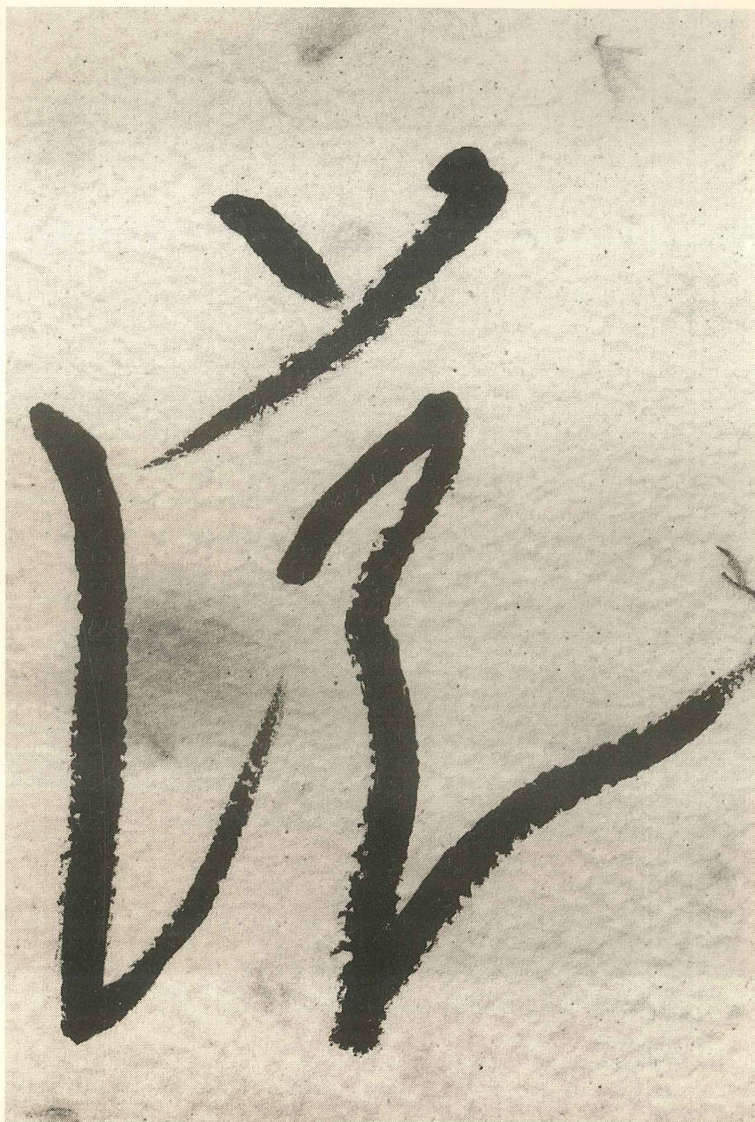


Radio de acción que Nagaoka Shiki realizó durante su vida:

- 1. Casa de sus padres*
 - 2. Kiosco de fotografía*
 - 3. Monasterio de Ike-no-wo*
 - 4. Casa de bambú donde habitó hasta su muerte*
-



Nieta de Etsuko sosteniendo el Diario póstumo de su tío abuelo.



Símbolo con el que se conoce el libro intraducible de Nagaoka Shiki.

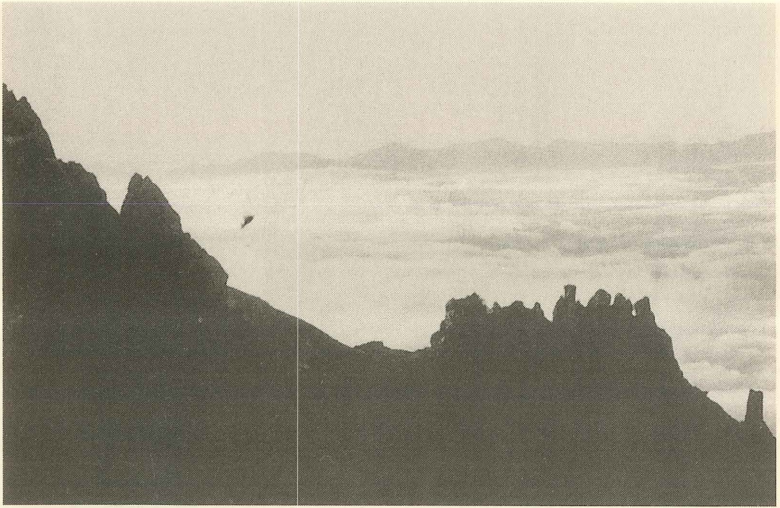
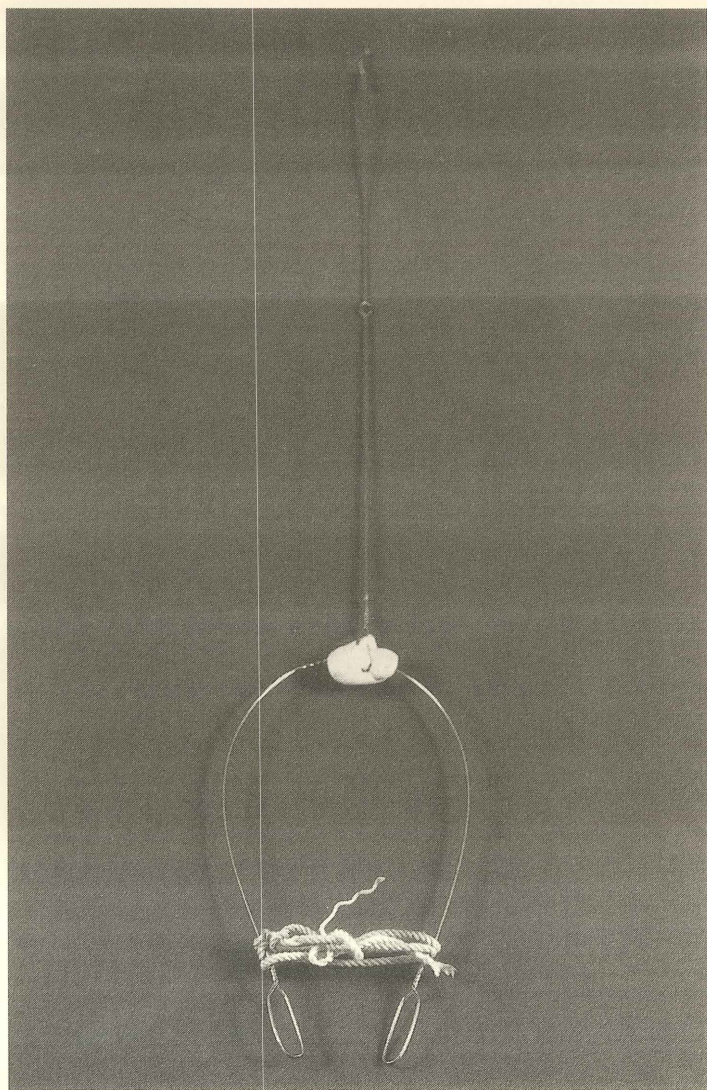


Foto de la península de Ikeno.



Copa donde el prior Takematsu-Akai guardaba los aceites de su invención.



Aparato que utilizaba Nagaoka Shiki para escribir sin ser molestado por su nariz.



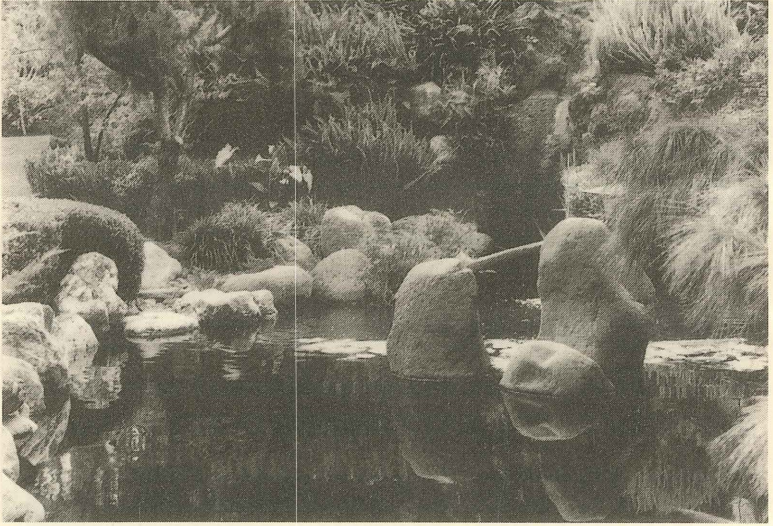
Edificio donde se reúnen los nagaokistas en el Barrio Latino de París.



Detalles de las obras de arte de los padres de Nagaoka Shiki, donde se resaltan las cualidades propias de una nariz.



Estudio en Tepoztlán del autor mexicano que aventuró una teoría sobre el libro indescifrable.



Parque ubicado en el Barrio de la Nariz donde se encuentra la tumba de Nagaoka Shiki.

DOS NARRACIONES CLÁSICAS SOBRE EL TEMA DE LA NARIZ

LA NARIZ

ANÓNIMO (COMIENZOS DEL S. XIII)

HABÍA UNA VEZ en Ikeno un monje llamado Zenchin Naigu que conocía a la perfección el esoterismo de Shingon: sus largos años de práctica le habían granjeado la estima general. Sus plegarias satisfacían los votos de cada cual: esto le había permitido hacerse de una fortuna. Ni la sala del templo ni el monasterio se hallaban en absoluto deteriorados. Los faroles estaban constantemente encendidos. Las ceremonias y los sermones eran tan frecuentes que en el recinto del templo se veía un vaivén incesante de monjes. El agua para el baño se calentaba, sin excepción, diariamente. Se disponía de ella en abundancia. En torno del templo, se construyeron casas, las mismas que integraron un burgo lleno de vida.

Ahora bien, Naigu tenía una larga nariz, la que alcanzaba más de cinco pulgadas, sobrepasándole el mentón. De color escarlata, su superficie tenía granos como la cáscara de la naranja. La comezón era insoportable.

Tenía por costumbre valerse de agua caliente en un cubo y de una bandeja donde se había abierto un agujero del grosor de su nariz. Introducía allí la nariz, de tal suerte que el vapor no le quemara el rostro y la remojaba en el agua ca-

liente. Hervida en su punto, la nariz tomaba un color púrpura bien acentuado. Naigu enseguida se echaba al suelo y, colocando bajo su nariz algo con que sostenerla, hacía que la pisotearan. Entonces se escapaban de los poros en cáscara de naranja una especie de humo. Al aplastarse con mayor fuerza, aparecían unos gusanos blancos que extraían con una pinza pequeña. En cada poro había un gusano blanco de cuatro pulgadas de largo.

Después de esta operación, la nariz parecía un colador, la volvía a sumergir en el agua caliente como para enjuagarla: al cocerse se encogía retomando su talla normal.

Pero sólo bastaban dos o tres días para que la nariz se estirara enormemente.

Los días en los que su nariz estaba larga, que eran los más frecuentes, le pedía, para sus comidas, a un novicio que sostuviera una plancha de un pie por una pulgada debajo de su nariz: el novicio se situaba delante de su amo y mantenía la nariz levantada durante toda la comida. A Naigu le había sucedido tener que pedir a otros monjes que lo hicieran, pero la plancha estaba entonces en equilibrio inestable. Se apoderaba de él una cólera violenta y terminaba por no comer nada. Es así pues que llamaba al novicio para cada comida.

Un día, el novicio, que se hallaba indispuerto, no pudo presentarse. No encontrando a nadie que le sostuviera la nariz durante el desayuno, Naigu se sintió perdido. Un niño, que hacía de recadero, vio al novicio enfermo y le dijo: «Le puedo sostener la nariz. Me las arreglaré mejor que vos».

El novicio presentó al chico a su amo: «Este chico está pronto a tomar mi lugar».

El amo, al ver a este niño limpio y dotado de gracia, lo dejó entrar.

El niño tomó la plancha, se sentó convenientemente de cara al monje y levantó la nariz a la altura deseada, sin forzar. El amo comenzó a tomar su sopa de arroz.

«Lo haces muy bien —le dijo—, mucho mejor que el novicio».

Prosiguió tomando tranquilamente su sopa. De pronto, el chico resopló como si le picara la nariz y estornudó precisamente contra el rostro del monje. Le temblaron las manos, la plancha perdió su equilibrio, la nariz cayó sumergiéndose en la sopa y salpicando la cara del monje.

La cara del chico estaba cubierta de granos de arroz. El monje montó en terrible cólera y, enjugándose, gritó: «¡So pedazo de granuja, estúpido y torpe! ¡Estos son los epítetos que te convienen! ¡Cuando sostengas la nariz de otras personas refinadas, recomenzarás con tus sandeces! ¡Insoponible cretino! ¡Largo de aquí!».

Lo echó a la calle.

Al salir el niño dijo: «Si se hallara en el mundo una nariz semejante a la vuestra iría de buen grado a sostenerla. ¡Qué majaderías tiene uno que escuchar!».

Al oír esos gritos, los novicios reventaban de risa, agazapados al fondo de la sala.

LA NARIZ

AKUTAGAWA RYNOSUKE (1916)

NO HAY NADIE, en todo Ike-no-wo, que no conozca la nariz de Zenchi Naigu. Medirá unos 16 centímetros, y es como un colgajo que desciende hasta más abajo del mentón. Es de grosor parejo desde el comienzo al fin; en una palabra, una cosa larga, con aspecto de embutido, le cae desde el centro de la cara.

Naigu tiene más de 50 años, y desde sus tiempos de novicio, y aun encontrándose al frente de los seminarios de la corte, ha vivido constantemente preocupado por su nariz. Por cierto que simula la mayor indiferencia, no ya porque su condición de sacerdote «que aspira a la salvación de la Tierra Pura de Oeste» le impida abstraerse en tales problemas, sino más bien porque le disgusta que los demás piensen que a él le preocupa. Naigu teme la aparición de la palabra *nariz* en las conversaciones cotidianas.

Existen dos razones para que a Naigu le moleste su nariz. La primera de ellas, la gran incomodidad que provoca su tamaño. Esto no le permitió nunca comer solo, pues la nariz se le hundía en las comidas. Entonces Naigu hacía sentar mesa por medio a un discípulo, a quien le ordenaba sostener la nariz con una tablilla de unos cuatro centímetros

de ancho y sesenta y seis centímetros de largo mientras duraba la comida. Pero comer en esas condiciones no era tarea fácil ni para el uno ni para el otro. Cierta vez, un ayudante que reemplazaba a ese discípulo estornudó, y al perder el pulso, la nariz que sostenía se precipitó dentro de la sopa de arroz; la noticia se propaló hasta llegar a Kioto. Pero no eran esas pequeñeces la verdadera causa del pesar de Naigu. Le mortificaba sentirse herido en su orgullo a causa de la nariz.

Las gentes del pueblo opinaban que Naigu debía de sentirse feliz ya que, al no poder casarse, se beneficiaba como sacerdote; pensaban que con esa nariz ninguna mujer aceptaría unirse a él. También se decía, maliciosamente, que él había decidido su vocación justamente a raíz de esa desgracia. Pero ni el mismo Naigu pensó jamás que el tomar los hábitos le aliviara esa preocupación. Empero, la dignidad de Naigu no podía ser turbada por un hecho tan accesorio como podía ser el de tomar una mujer. De ahí que tratara, activa o pasivamente, de restaurar su orgullo mal herido.

En primer lugar, pensó en encontrar algún modo de que la nariz aparentara ser más corta. Cuando se encontraba solo, frente al espejo, estudiaba su cara detenidamente desde diversos ángulos.

Otras veces, no satisfecho con cambiar de posiciones, ensayaba pacientemente apoyar la cara entre las manos o sostener con un dedo el centro del mentón. Pero lamentablemente no hubo una sola vez en que la nariz se viera satisfactoriamente más corta de lo que era. Ocurría además que cuanto más se empeñaba, más larga la veía cada vez. Entonces guardaba el espejo y suspirando hondamente, volvía descorazonado a la mesa de oraciones. De allí en adelante, mantuvo fija su atención en la nariz de los demás.

En el templo de Ike-no-wo funcionaban frecuentemente seminarios para los sacerdotes; en el interior del templo existían numerosas habitaciones destinadas a alojamiento, y las salas de baños se habilitaban en forma permanente. De modo que allí el movimiento de sacerdotes era continuo. Naigu escrutaba pacientemente la cara de todos ellos con la esperanza de encontrar siquiera una persona que tuviera una nariz semejante a la suya. Nada le importaban los lujosos hábitos que vestían, sobre todo porque estaba habituado a verlos. Naigu no miraba a la gente, miraba las narices. Pero aunque las había aguileñas, no encontraba ninguna como la suya; y cada vez que comprobaba esto, su mal humor iba creciendo. Si al hablar con alguien inconscientemente se tocaba el extremo de su enorme nariz y se lo veía enrojecer de vergüenza a pesar de su edad, ello denunciaba su mal humor.

Recurrió entonces a los textos budistas en busca de alguna hipertrofia. Pero para desconsuelo de Naigu, nada le decía si el famoso sacerdote japonés Nichiren, o Sariputra, uno de los diez discípulos de Buda, habían tenido narices largas. Seguramente tanto Nagarjuna, el conocido filósofo budista del siglo II, como Bamei, otro ilustre sacerdote, tenían una nariz normal. Cuando Naigu supo que Ryugentoku, personaje legendario del país Shu, de China, había tenido grandes orejas, pensó cuánto lo habría consolado si, en lugar de esas orejas, se hubiese tratado de la nariz.

Pero no es de extrañar que a pesar de estos lamentos, Naigu intentara en toda forma reducir el tamaño de su nariz. Hizo cuanto le fue dado hacer, desde beber una cocción de uñas de cuervo hasta frotar la nariz con orina de ratón. Pero nada. La nariz seguía colgando lánguidamente.

Hasta que un otoño, un discípulo enviado en una misión a Kioto, reveló que había aprendido de un médico su tratamiento para acortar narices. Sin embargo, Naigu, dando a entender que no le importaba tener esa nariz, se negó a poner en práctica el tratamiento de ese médico de origen chino, si bien, por otra parte, esperaba que el discípulo insistiera en ello, y a la hora de las comidas decía ante todos, intencionalmente, que no deseaba molestar al discípulo por semejante tontería. El discípulo, advirtiendo la maniobra, sintió más compasión que desagrado, y tal como Naigu lo esperaba, volvió a insistir para que ensayara el método. Naturalmente, Naigu accedió.

El método era muy simple; consistía en hervir la nariz y pisotearla después. El discípulo trajo del baño un balde de agua tan caliente que no podía introducirse en ella el dedo. Como había peligro de quemarse con el vapor, el discípulo abrió un agujero en una tabla redonda, y tapando con ella el balde hizo introducir la nariz de Naigu en el orificio. La nariz no experimentó ninguna sensación al sumergirse en el agua caliente. Pasado un momento dijo el discípulo:

—Creo que ya ha hervido.

Naigu sonrió amargamente; oyendo sólo estas palabras nadie hubiera imaginado que lo que se estaba hirviendo era su nariz. Le picaba intensamente. El discípulo la recogió del balde y empezó a pisotear el promontorio humeante. Acostado y con la nariz sobre una tabla, Naigu observaba cómo los pies del discípulo subían y bajaban delante de sus ojos. Mirando la cabeza calva del maestro aquél le decía de vez en cuando, apesadumbrado:

—¿No os duele? ¿Sabéis?... el médico me dijo que pisara con fuerza. ¿Pero no os duele?

En verdad, no sentía ni el más mínimo dolor, puesto que le aliviaba la picazón en el lugar exacto.

Al cabo de un momento unos granitos empezaron a formarse en la nariz. Era como si se hubiera asado un pájaro desplumado. Al ver eso el discípulo dejó de pisar y dijo como si hablara consigo mismo: «El médico dijo que había que sacar los granos con una pinza».

Expresando en el rostro su disconformidad con el trato que le daba el discípulo, Naigu callaba. No dejaba de valorar la amabilidad de éste. Pero tampoco podía tolerar que tratase su nariz como una cosa cualquiera. Como el paciente que duda de la eficacia de un tratamiento, Naigu miraba con desconfianza cómo el discípulo arrancaba los granos de su nariz.

Al término de esta operación, el discípulo le anunció con cierto alivio:

—Tendréis que hervirla de nuevo.

La segunda vez, comprobaron que había acertado mucho más que antes. Acariciándola aún, Naigu se miró avergonzado en el espejo que le tendía el discípulo. La nariz, que antes le llegara a la mandíbula, se hacía reducido hasta quedar sólo a la altura del labio superior. Estaba, naturalmente, enrojecida a consecuencia del pisoteo.

«En adelante ya nadie podrá burlarse de mi nariz». El rostro reflejado en el espejo contemplaba satisfecho a Naigu.

Pasó el resto del día con el temor de que la nariz recuperara su tamaño anterior. Mientras leía los sutras, o durante las comidas, en fin, en todo momento, se tanteaba la nariz para poder desechar sus dudas. Pero la nariz se mantenía respetuosamente en su nuevo estado. Cuando despertó al día siguiente, de nuevo se llevó la mano a la nariz, y comprobó que no había vuelto a sufrir ningún cambio. Naigu

experimentó un alivio y una satisfacción sólo comparables a los que sentía cada vez que terminaba de copiar los sutras.

Pero después de dos o tres días comprobó que algo extraño ocurría. Un conocido samurái que de visita al templo lo había entrevistado, no había hecho otra cosa que mirara su nariz y, conteniendo la risa, apenas si le había hablado. Y para colmo, el ayudante que había hecho caer la nariz dentro de la sopa de arroz, al cruzarse con Naigu fuera del recinto de lectura, había bajado la cabeza, pero luego, sin poder contenerse más, se había reído abiertamente. Los practicantes que recibían de él alguna orden lo escuchaban ceremoniosamente, pero una vez que él se alejaba rompían a reír. Eso no ocurrió ni una ni dos veces. Al principio Naigu lo interpretó como una consecuencia natural del cambio de su fisonomía. Pero esta explicación no era suficiente; aunque el motivo fuera ése, el modo de burlarse era «diferente» al de antes, cuando ostentaba su larga nariz. Si en Naigu la nariz corta resultaba más cómica que la anterior, era otra cuestión; al parecer, ahí había algo más que eso...

«Pero si antes no se reían tan abiertamente...». Así cavilaba Naigu, dejando de leer el sutra e inclinando su cabeza calva. Contemplando la pintura de Samantabhadra, recordó su larga nariz de días atrás y se quedó meditando, como «aquel ser repudiado y desterrado que recuerda tristemente su glorioso pasado». Naigu no poseía, lamentablemente, la inteligencia suficiente para responder a este problema.

En el hombre conviven dos sentimientos opuestos. No hay nadie, por ejemplo, que ante la desgracia del prójimo no sienta compasión. Pero si esa misma persona consigue superar esa desgracia, ya nonos emociona mayormente. Exagerando, nos tienta a hacerla caer de nuevo en su anterior estado. Y sin darnos cuenta sentimos cierta hostilidad hacia ella.

Lo que Naigu sintió en la actitud de todos ellos fue, aunque él no lo supiera con exactitud, precisamente ese egoísmo del observador ajeno ante la desgracia del prójimo.

Día a día Naigu se volvía más irritable e irascible. Se enfadaba por cualquier insignificancia. El mismo discípulo que le había practicado la cura con la mejor voluntad, empezó a decir que Naigu recibiría el castigo de Buda. Lo que enfureció particularmente a Naigu fue que, cierto día, escuchó agudos ladridos y al asomarse para ver qué ocurría se encontró con que el ayudante perseguía a un perro de pelos largos con una tabla de unos setenta centímetros de largo, gritando: «La nariz, te pegaré en la nariz».

Naigu le arrebató el palo y le pegó en la cara al ayudante. Era la misma tabla que había servido antes para sostener su nariz cuando comía.

Naigu lamentó lo sucedido y se arrepintió más que nunca de haber acertado su nariz.

Una noche soplaba el viento y se escuchaba el tañido de la campana del templo. El anciano Naigu trataba de dormir, pero el frío que comenzaba a llegar se lo impedía. Daba vueltas en el lecho tratando de conciliar el sueño, cuando sintió una picazón en la nariz. Al pasarse la mano, la notó algo hinchada e incluso afiebrada.

«Debo de haber enfermado por el tratamiento».

En actitud de elevar una ofrenda, ceremoniosamente, sujetó la nariz con ambas manos. A la mañana siguiente, al levantarse temprano como de costumbre, vio el jardín del templo cubierto por las hojas muertas de las breneas y los castaños, caídas en la noche anterior. El jardín brillaba como si fuera de oro por las hojas amarillentas. El sol empezaba a asomarse. Naigu salió a la galería que daba al jardín y aspiró profundamente.

En ese momento, sintió retornar una sensación que había estado a punto de olvidar. Instintivamente se llevó las manos a la nariz. ¡Era la nariz de antes, con sus 16 centímetros! Naigu volvió a sentirse tan lleno de júbilo como cuando comprobó su reducción.

—Desde ahora nadie volverá a burlarse de mí.

Así murmuró para sí mismo, haciendo oscilar con delicia la larga nariz en la brisa matinal del otoño.

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE
TAREA ASOCIACIÓN GRÁFICA EDUCATIVA
PASAJE MARÍA AUXILIADORA 156 - BREÑA
Correo e.: tareagrafica@terra.com.pe
TELÉF. 424-8104 / 332-3229 FAX: 424-1582
OCTUBRE 2002 LIMA - PERÚ

Próximos títulos de esta serie

JOSÉ ADOLPH
LOS FINES DEL MUNDO

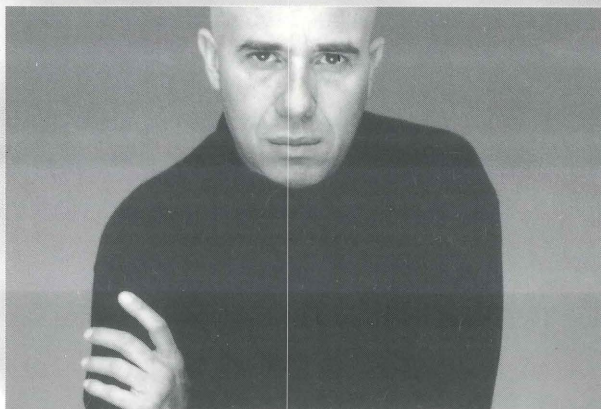
EDUARDO CHIRINOS
EL FINGIDOR

JOSÉ DONAYRE
LA TRAMA DE LAS MOIRAS

MARCO MARTOS
JAQUE PERPETUO

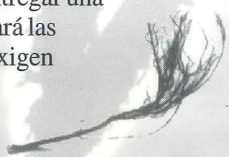
MAURIZIO MEDO
LIMBO PARA SOFÍA





MARIO BELLATIN Shiki Nagaoka: Una nariz de ficción

Shiki Nagaoka es un escritor y fotógrafo de principios de siglo. Pero antes que eso, es un hombre de una extraordinaria nariz. Este relato no es sino la historia de su odisea nasal. Su infancia, su internamiento en un monasterio, su atroz muerte, todo ha sido contado con una prosa rigurosa, carente de vuelos poéticos o de razonamientos filosóficos: una prosa de escalpelo. Pero sádicamente la tragedia, el dolor, la angustia existencial y el vacío en el que vive sumido Nagaoka nos causa, simplemente, risa. De nada le sirve ser el notable autor de *monoga-tarutsis* o un fotógrafo innovador: su fenomenal nariz va siempre por delante y anula al individuo. Una nariz así es imposible, pensará el lector, una ficción. Para eliminar la duda el autor acompaña la obra de testimonios contundentes: una serie de fotografías y un par de relatos, incluyendo el célebre cuento «La nariz» de Akutagawa, apoyan su existencia. Entre la verdad y la ficción, la biografía de Shiki Nagaoka sirve a Mario Bellatin para patear el tablero de las convenciones literarias y entregar una novela inquietante que oxigenará las fosas nasales de aquellos que exigen tomar por ciertos aun los más fabulosos cuentos de hadas.



ISBN 9972-42-505-3

